

(CRITICA)

Los libros meteoros de Bruno Schulz

ALFONSO CALDERON

El espléndido narrador polaco Bruno Schulz (1892-1941), especie de "cosmólogo sin teología" (John Updike), fue colmando con su obra un vacío interior dejado por el desgarrón significativo del fin del Imperio Austro-Húngaro, al término de la Primera Guerra. Como otros coetáneos suyos, Ignacy Witkiewicz y Witold Gombrowicz, por ejemplo, se dedicó a reconstruir desde los cimientos, con un cabo de tradición, la literatura moderna de Polonia, país que Jarry estimaba, en *Ubu Rey*, como "ninguna parte", tal vez debido a la continua recomposición de su inestable geografía, fruto de los excesos de los vencedores de cualquier guerra, a partir de la Edad Media.

El mundo del emperador Francisco José, que tan bien retrató simbólicamente Robert Musil en su inmensa novela inconclusa *El hombre sin atributos*, ha venido siendo objeto de análisis constantes y renovados, pero Schulz se limita a lo necesario, al decir que estuvo enmarcado "en reglamentos en prosa", luciendo exteriormente la "premática del aburrimiento". Ese "anciano seco y aturdido" se gloriaba de un mundo que había alcanzado en su desarrollo "un límite feliz", pero no pudo salir del paso, pues gobernaba sobre una suerte de Europa fantasmal que se sobrevivía, como él, en un ceremonial de todo cuando ya había sido. Poner "el mundo en rúbricas", domándolo "en yunques procesales", tratando de protegerlo "en su descarrilamiento hacia lo previsto e incalculable", pareció la función de sepulturero que cumplió el emperador.

En sus libros, *Las tiendas de color canela* (1934), *Sanatorio bajo la clepsidra* (1937) y *Kometa* (1938) pudo trazar las "radiantes profundidades" de un mundo que iba convirtiéndose en un acto interior. Schulz se daba cuenta de que los días del nazismo anunciaban la desgracia de Europa, y se refugió en sí mismo para procurar ir dejando los rasgos elegíacos de un mundo que, desde afuera y hacia adentro, había constituido una lección de vida radiante que convenía fuese fijada por un cronista a la antigua usanza. Durante la ocupación nazi de Polonia, una novela en la que trabajaba desde 1936, *Mesías*, fue destruida o se perdieron los rastros del manuscrito. Confinado en el *ghetto* de Varsovia, Schulz fue muerto de un tiro en la nuca, como un perro, por un oficial de la Gestapo que "nada personal tenía en contra de él".

Al leer ahora *Sanatorio bajo la clepsidra* (Montesinos, Barcelona,

Schulz se dedicó a reconstruir desde los cimientos, con un cabo de tradición, la literatura moderna de Polonia, país que otros creadores estimaban como "ninguna parte"



267 páginas), se da con una escena en la que el narrador enfrenta a un feroz perro pastor alemán, "un hombre lobo", movido por una "ferocidad satánica", que resulta una introducción a la propia muerte de Schulz: "Se me pone la carne de gallina cuando paso al lado de la caseta donde él está inmóvil, sujeto a una corta cadena, el peludo cuello salvajemente erizado y la maquinaria de su grandioso hocico lleno de colmillos. Jamás ladra y tan sólo, al ver a un hombre, su rostro arisco se vuelve todavía más terrible, sus rasgos se congelan en la expresión de un odio insondable y, alzando pausadamente su horrible hocico, es sacudido por las convulsiones de un ardiente aullido, sacado del fondo del odio, en el que se concentra el dolor y la desesperación de la impotencia".

La anticipación que ofrece ese relámpago intensivo remata ferozmente: "Más muerto que vivo, observo que ha desplegado la cadena que arrastraba tras de sí por el patio y que la pérgola está fuera del alcance de sus colmillos. Maltratado y aplastado por el terror, apenas experimento un escaso alivio. Tambaleando, a punto de desmayarme, levanto la mirada. Nunca lo había visto tan de cerca y es ahora cuando las escamas caen en mis ojos. ¡Qué grande es el poder

de la sugestión y del miedo! ¡Qué ceguera! ¡Es un hombre! Un hombre encadenado a quien, en una aproximación metafísica simplista, he tomado por un perro. Indudablemente, era un perro bajo forma humana. La naturaleza canina es un factor interno que puede revestir exteriormente un cuerpo animal o humano. Aquel que estaba delante de mí en el vano del cenador con la boca abierta, mostrando todos los dientes en un terrible gruñido, era un hombre de mediana edad, moreno. El rostro amarillento, huesudo; los ojos negros, maliciosos y desagradables."

La metáfora del libro se apila en cada texto de Schulz, pues cada uno de los volúmenes corrientes "son meteoros" y vuelan como "el Ave Fénix, ardiendo todas sus páginas". La propuesta del Padre, que reparte sus horas entre el libro de caja de la tienda y el otro, al que llama por antonomasia el Libro, es muy precisa: "En realidad —dice—, sólo existen los libros. El Libro es un mito en el que creemos en la juventud, hasta que, con los años, dejamos de tratarlo con seriedad". La figura del padre como demiurgo (muy lejos del Kafka, tan digno de anatemas), a quien el narrador califica como "estratego de la imaginación", afinado con "solitario heroísmo", defiende todavía, a sus años, y sin ninguna

esperanza, "la causa de la poesía". No deja de buscar la filiación del libro con el Gran Todo: "Antes que la historia más antigua, sucedieron otras nunca oídas, antecedentes sin nombre, novelas sin título, magnánimas epopeyas, pálidas y monótonas, informes tesoros sin rostro que ofuscaban el horizonte, oscuros subtítulos en los dramas nocturnos de las nubes; y, más allá, libros-leyenda, libros nunca escritos, libros pretendidos eternamente, libros equívocos, perdidos *in partibus infidelium*".

Todo surge de otro libro mayor, el de la naturaleza, el de la infancia —tan exaltada por Rilke—. En la primavera, resucitan las historias dignas de ser oídas, como si se tratase de un gesto de la Bella Durmiente. Schulz va dejando en el follaje de sus marginalias una forma del ensueño romántico. En un mes de agosto, la familia hojeaba "el gran libro de las vacaciones, cada una de cuyas páginas centelleaba del sol y conservaba en su fondo, azucarada hasta la saciedad, la pulpa de las doradas peras". Se dice que no hay que despilfarrar la primavera y es preciso seguir la lectura del vuelo de los pájaros y las huellas del humo de las chimeneas, en vez de sumergirse en la penumbra de las habitaciones, esas que muy pronto habrán de ser olvidadas y, como dice el padre —en *Tratado de los maniqués*—, porque ellas, las piezas, "se encierran en sí mismas, se cubren de ladrillos y, sin remedio perdidas para nuestra memoria, pierden paulatinamente su existencia".

No es Schulz un escritor monotemático ni pulsa una misma cuerda, pues adopta —de repente— un tono de humor al modo de Jarry, lindando con el absurdo, crispándose voluntariamente para no recaer en la poesía intimista, como en una escena de *Mi padre entra en el cuerpo de bomberos*, en donde se asegura que éstos suelen disfrazarse de cartagineses, tornándose perezosos al final del otoño, durmiendo de pie, hasta que se les descubre "inmóviles como larvas", con sus uniformes escarlatas, "incrustados" en los conductos de las chimeneas, porque allí dormitan "embriagados por el jugo de frambuesa, colmados de melosidad pegajosa y fuego". Así, el gran escritor polaco se anima con la visión interior de un mundo legendario que va centuplicando sin pesantez, dosificando "el grado de la realidad", tratando de superar los límites. Hasta ese día del balazo en la nuca por mano de un militar que, por un minuto, se creyó Dios. Lo cual suele ocurrir más a menudo de lo que uno sospecha. □